

—no es éste el caso, afortunadamente— hasta un nihilismo destructor y autodestructivo. El resentimiento y la insatisfacción fueron en aumento, máxime al ver como hasta los más negados de los antiguos camaradas acabaron jubilándose de catedráticos y participando como tertulianos, los medianos trepaban bien alto en la nueva cucaña y de los que llegaron a alcaldes a ninguno se le ocurrió poner una calle a Althusser o a Gramsci aunque fuera en un polígono industrial; en cuanto a los más radicales de antaño se les veía convertirse en adornos de salón aristocrático y formando en las colas de besamanos, revueltos en amor y compañía con los deplorables “enemigos de clase”. Parece que en su día no se trabajó lo suficiente la capacidad de afrontar la frustración en los seminarios formativos de célula porque ha supuesto un mazazo de dimensiones descomunales. Un *shock* que generó un patológico hipercriticismo cuyo síntoma principal es la búsqueda compulsiva de detalles accesorios imperfectos para poner en duda el resultado final; tal y como hacían algunos de mi pueblo, que cuando visitaban El Escorial un domingo se fijaban únicamente en los desconchones de los pasillos. Ya puede decir el

resto del mundo que la Transición es un hecho modélico y una de las mayores aportaciones políticas que, junto al liberalismo, ha hecho España en los dos últimos siglos, que les da igual; ya puede Cela ganar el Nobel, que los arquitectos españoles de los años 60 en adelante figuren a la cabeza de la vanguardia profesional o que algunas de las mejores películas de la historia del cine las dirigieran Berlanga, Wajda... es lo mismo, la realidad nunca tiene por qué estropear ni los sueños, ni las pesadillas, ni la ilusión de que algún día llegarán los soñados intelectuales que tanto necesitamos para que nos sacudan el muermo paralizador que nos ha caído encima. Por eso, el canon literario que nos propone el libro es mucho más que una lista de favoritos y “putrefactos”, es toda una declaración de principios y una toma de postura de una generación tendente a una paralizante melancolía causada porque su momento pasó sin que nos trajesen el paraíso soñado, aunque algunos de sus integrantes creen que ahora sí que sí se roza la parusía anhelada con los mismos dedos que pasaron tantas y tantas páginas innecesarias y mediocres.

LUIS ARIAS GONZÁLEZ

Raúl C. CANCIO FERNÁNDEZ, **España y la guerra civil americana o la globalización del contrarrevolucionismo**, prólogo de Jordi Canal, Alcalá de Henares: Instituto Franklin-Servicio de Publicaciones de la UAH, 2015, 322 p., ISBN: 9788416133505

El presente estudio intenta coger el guante de aquellos historiadores de la contrarrevolución que, desde hace tiempo, intentan analizar, en compa-

rativo juego de escalas, la naturaleza de sus variantes y de sus relaciones en un marco internacional, para lograr una mejor comprensión de ese fenómeno de la Historia contemporánea. Cabe recordar que la contrarrevolución no fue sólo una defensa y mera vuelta al Antiguo Régimen, sino que tuvo su propio programa ideológico y proyecto social. El caso español más significativo, el carlismo, destacó sobre todo por su duración hasta bien entrado el siglo XX. Las relaciones y contactos entre diversos movimientos contrarrevolucionarios europeos fue constante a finales del siglo XVIII y durante la siguiente centuria (miguelismo, legitimismo francés...), pero todavía no se había intentado con profundidad estudiar la relación entre éstos y sus posibles homólogos americanos. Cada una de las derrotas carlistas del siglo XIX provocó una emigración de sus defensores y un problema de reintegración de muchos en la sociedad liberal triunfante, por lo que, a partir de 1860, dos escenarios acogieron la participación de carlistas españoles: uno fue Italia debido a las luchas entre contrarrevolucionarios y liberales unionistas y otro, al parecer del autor, los Estados Unidos, inmersos en una guerra civil, llamada guerra de Secesión (1861-1865). La integración de numerosos españoles en ambos bandos ha llevado al autor a preguntarse sobre las razones de sus opciones y a buscar nexos entre la contrarrevolución europea y la causa del Sur. Y es que, efectivamente, para algunos carlistas,

desde Europa, la lucha en Norteamérica parecía continuar las guerras civiles europeas.

En su primera parte, Cancio analiza el factor migratorio en la demografía bélica norteamericana, como consecuencia de las luchas políticas y de la situación socioeconómica europea (páginas 33-52). Ello provocó la incorporación, en ambos ejércitos en liza, de numerosos extranjeros, donde los españoles no fueron de las nacionalidades más importantes. Una segunda parte se centra en la descripción de la situación política española, definida por el gobierno largo de la Unión Liberal, y las principales claves de su política exterior, centrándose en la evolución de la política neutralista de los liberales españoles, y de otra naciones, ante la guerra de Secesión (páginas 53-87). Finaliza este segundo bloque de contenidos con un resumen de los avatares de la causa carlista hasta comienzos de la década de los años sesenta (páginas 90-116).

Las aportaciones más importantes de este trabajo son tanto la descripción de batallas y de las unidades militares en las que se incorporaron voluntarios españoles (págs. 117-204), como el estudio de tres grandes bornes de contacto entre el carlista y el confederado: la situación socioeconómica, la teoría del Estado y la cuestión religiosa. Muy interesantes, para el lector especializado, resultan las líneas dedicadas a los intentos de incorporación de Garibaldi a las filas nordistas, por parte de su diplomacia.

Digno de elogio resulta la actitud del autor al reconocer que, pese a sus iniciales intenciones, no se puede comprobar realmente uno de los objetivos del estudio: si los españoles que se incorporaron a las fuerzas del Sur eran carlistas, o al menos su mayoría (página 216). Sin embargo, resultan interesantes los paralelismos de algunos de sus puntos, como el ruralismo y los efectos que provocaron en el campo las políticas capitalistas, que amenazaron un modo de vida que, tanto sudistas como carlistas, quisieron defender hasta la muerte; la reivindicación de un modelo de Estado alternativo al liberal centralista, donde la defensa de los derechos y peculiaridades territoriales constituyeron una importante bandera, así como la pretensión de esferas de autonomía gubernativa y, lo que constituye un gran acierto, la cuestión religiosa. Los carlistas se autodefinieron como cruzados, como defensores de la Iglesia católica frente a la Revolución des-cristianizadora y desamortizadora. El catolicismo era una realidad minoritaria en Estados Unidos, pero su relevancia no se manifestó tanto en la identidad confesional como en la incidencia que tuvo el factor teológico en sus motivaciones políticas. Para algunos historiadores norteamericanos, la guerra civil fue fruto de una crisis religiosa, del enfrentamiento en torno a la interpretación de las sagradas escrituras por las diversas corrientes del protestantismo, con la esclavitud como telón de fondo, y su armonización con las previsiones

constitucionales. Cancio analiza la importancia de la religión en la sociedad norteamericana, sobre todo en el Sur; la creencia asumida por la población de que América era la tierra de promisión, elegida por Dios como depositaria de su reino en la tierra, siendo sus instituciones sociales y políticas el modelo a seguir por el resto de la Humanidad; destaca que la religión era un elemento transversal de cohesión de los partidos políticos, de las instituciones sociales, y que su cisma provocó la escisión civil. Las iglesias cristianas fueron las primeras instituciones que se rompieron, y ello provocó una situación que derivó en otras rupturas. Y tanto el carlismo como la ideología de la Confederación consideraron como valores propios la defensa del honor, la tradición y una posición antimasonía (páginas 246-280).

No obstante, cabría hacer ciertas observaciones al texto como algunos juicios de valor, por ejemplo, cuando se señala que el 19 de junio de 1861 el gobierno de la Unión Liberal decidió publicar un Real Decreto donde se afirmaba la más estricta neutralidad ante el conflicto norteamericano. Esta manifestación, Raul Cancio la tacha de “manifestación jurídica de la cobarde actitud equidistante” de las autoridades españolas (página 25), lo cual consideramos inexacto. Sobre todo teniendo en cuenta que, como se aclara en el prólogo, la política exterior de España no fue ni improvisada ni inconexa ni quijotesca, sino que obedeció a los deseos de

asegurar la estabilidad gubernamental y a la firme decisión de proteger los intereses coloniales, como ya hace tiempo que José Antonio Inarejos demostró. Cancio añade después que “Naturalmente, dicha disposición fue trasgredida por los ciudadanos españoles” (página 25), pero ¿por qué “naturalmente”? Nada indica que España estuviera interesada en un apoyo masivo a un bando y a una posible (y peligrosa) entrada en el conflicto norteamericano. Por otra parte, aplicar una terminología muy contemporánea (“globalización”, “contrarrevolucionismo”) resulta más propia del siglo XXI que del siglo XIX, arriesgándose el lector a descontextualizar ese hecho de su propio ambiente, definido con unas características propias de su momento histórico. Por otra parte, se nota en falta, al menos en la introducción o en la relación final de fuentes, la explicación de los archivos y documentos analizados o encontrados por el autor a lo largo de su investigación, tanto españoles como norteamericanos. Sólo aparece una relación bibliográfica final -en la cual faltan muchos libros significativos sobre carlismo-, a pesar de que en alguna línea se desliza la idea de que han sido consultados algunos archivos, como el del puerto de Pasajes (página 216). Y algunas notas resultan excesivamente largas y se alejan en ocasiones del contenido del libro, llegándose al caso de una nota de 37 líneas, donde se empieza a hablar del general Torrijos para llegar al asesinato de Federico García Lorca (página

112). Finalmente, resulta sorprendente que el autor, que demuestra templanza en muchas observaciones durante el libro, defina como “legítima” la reivindicación separatista de algunos grupos vascos y como “melancólica” la “pretensión secesionista de los Països Catalans”, apoyando a quienes definen una irrealidad territorial histórica (página 282).

Para finalizar, Cancio hace una importante observación, al describir cómo los memoriales que honran tanto a Lincoln como al general Lee se encuentran cerca, a tan sólo tres kilómetros, describiendo de forma ilustrativa el grado de superación de la sociedad norteamericana de su conflicto civil, “teniendo muy presente que las cotas de bienestar alcanzadas en el presente no pueden desvincularse de los sacrificios extremadamente dolorosos que se produjeron un siglo y medio atrás” (página 29). Añade que, en el caso español, se evidencia lo contrario y tras las guerras carlistas del siglo XIX, hubo otra guerra civil aún peor en el siglo XX. Excelente apunte al que le falta admitir, sin embargo, que en España resultará muy difícil copiar el loable ejemplo norteamericano cuando, como consecuencia de la ley de Memoria Histórica, tan sólo se admitirá la permanencia, en muy pocos años, de monumentos y memoriales exclusivamente dedicados al Bando republicano, perdedor de una guerra que sus descendientes ideológicos quieren ganar a toda costa. Otra vez, pues, vencedores y vencidos, lo cual

implica, explícitamente, la diferencia entre españoles “buenos” y españoles “malos”, entre españoles y no-españoles, entre hermanos que no

se reconocen, entre Caín y Abel...
¿Hasta cuándo?

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Hilari RAGUER I SUÑER, **Arxiu de l'església catalana durant la Guerra civil: II/1. Gener-Juny de 1937**, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2014, 231 p., ISBN: 9788484155447

En tiempos de informática, tendrían que cundir mucho más de lo que cunden las publicaciones de documentos. Uno diría –por expresarlo de una manera contundente, pese a la imprecisión que ello supone– que, si estuviese en su mano, abriría a los escaneadores de Google los archivos de todo el mundo. A estas alturas de la historia, sorprende un tanto la prudencia que rige en algunas instituciones.

También es cierto, sin embargo, que lo que ofrece la publicación de un corpus documental en forma que se suele denominar “edición crítica” aumenta enormemente el valor de lo publicado. Tan es así, que la informática y demás medios pueden también contribuir a que las ediciones críticas cundan aún más y lleguen de esa forma a los investigadores de todo el mundo. Ojalá llegue un día en que la serie documental preparada por Hilari Raguer, de la que este volumen es el segundo, esté al alcance hasta ese extremo.

Dicho todo esto, también diré que la consulta documental del investigador que busca algo concreto en un corpus como este nada tiene que ver con la lectura que se hace por placer,

aunque se trate de un placer que se confunde con la profesión de quien lee, como sucede en este caso. Plan-teado así, se agradece también que, en primer lugar, el autor haya optado por la edición convencional, o sea en papel, en un tomo ligero –quiero decir de poco peso– y con el margen suficiente para que uno pueda anotar todo lo que le llama la atención especialmente.

El volumen se basa sobretodo en los archivos vaticanos y en el del cardenal Vidal y Barraquer y lleva a pie de página las anotaciones imprescindibles para aclarar el texto y, en su caso, buscar ampliaciones. Hay un pequeño conjunto de documentos que proceden del Archivo Gomá, que publicamos con Antón M. Pazos en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y esas mismas reproducciones se enriquecen en la medida en que mejoran la transcripción y la adecuación a las normas del catalán actual.

Hace un momento, distinguía entre la consulta documental que ha de hacer el historiador un sinfín de veces y la pura y simple lectura de ese mismo corpus documental. Ahora querría añadir una advertencia, y es que el placer que esto último suscita